

MEDITACIONES PARA EL TRIDUO PASCUAL

*LA PASCUA DEL SEÑOR,
FUENTE DE ALEGRÍA Y MANANTIAL DE
ETERNA JUVENTUD*



Parroquia de San Pedro

Málaga

**LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR ES FUENTE DE ALEGRÍA
Y MANANTIAL DE JUVENTUD**

El Año litúrgico culmina en el **TRIDUO PASCUAL**; tres días, desde el Jueves Santo hasta el Domingo de Pascua, que concentran nuestra atención en los misterios centrales de nuestra fe.

JESÚS RESUCITADO se apareció a María, a los apóstoles y a los que lo amaban, y les mostró que era Él mismo, que estaba vivo, que nunca volvería a morir, que permanecería siempre con ellos y con todos sus discípulos hasta el final de los tiempos.

El Misterio Pascual de Jesús se renueva todos los días y en todas partes de la tierra, cuando el sacerdote celebra la **EUCARISTÍA**, el milagro más grande de su Amor. Cuando comulgamos, Jesús, nuestro Señor, viene a nuestro corazón, comparte nuestra vida y nos colma de su amor.

La celebración de la Pascua, actualizada en cada Eucaristía celebrada, **NOS COLMA DE ALEGRÍA Y REJUVENECE NUESTRO ESPÍRITU**.

SON DÍAS DE REFLEXIÓN Y RECOGIMIENTO INTERIOR. Acompañemos a María en estos momentos finales de su Hijo en la tierra y compartamos con ella la alegría de la Resurrección.

¡HACED ESTO EN MEMORIA MÍA!

JUEVES SANTO

ORACIÓN ANTE EL MONUMENTO



CUANDO LLEGÓ LA HORA, se puso a la mesa, y los apóstoles con Él. Y les dijo: «ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Lc 22,14-16). Estas palabras de Jesús nos adentran en el significado de este monumento ante el que te postras para orar.

Jesús dispuso todo para celebrar la Pascua con sus discípulos. Entre ellos, también María y el grupo de mujeres que le seguían. Él sabía que era su última Pascua, ya que inmediatamente sería entregado a la muerte de Cruz. Se preparó todo cuidadosamente para la celebración de esta fiesta esencial para los judíos.

Jesús va a vivir sus últimos momentos entre nosotros. El Evangelio de san Juan nos lo cuenta en los capítulos 13 al 17. Su lectura reposada es la mejor oración ante el monumento.

En la Liturgia del Jueves Santo, hacemos memoria de momentos primordiales de la vida de Jesús: la institución de la Eucaristía y del sacerdocio, el gesto del lavatorio de los pies a los discípulos y la proclamación del mandamiento nuevo: «*amaos unos a otros como Yo os he amado*».

EUCARISTÍA Y CARIDAD son las dos palabras que evocan mejor el profundo misterio del *Jueves Santo*. Son dos formas de expresar el amor de Dios por los hombres. Con María, la Madre de Jesús, testigo privilegiado de aquella noche, vamos a recrear la escena y rezar ante el monumento.

¿Qué es el monumento?

LA LITURGIA DEL JUEVES SANTO culmina con la reserva del Cuerpo del Señor en el monumento. La palabra monumento nos recuerda el sepulcro del Señor (*monumentum*, en latín, significa sepulcro): lo mismo que se depositó su cuerpo en el sepulcro, ahora se reserva su cuerpo eucarístico con el que comulgaremos el *Viernes Santo*, único día del año que no se celebra la Eucaristía.

En agradecimiento por este regalo del Señor, venimos a adorarle y darle gracias porque se entregó por nosotros a la muerte para darnos la salvación y la vida eterna.

María nos cuenta la Última Cena...

PREGUNTEMOS A MARÍA qué recuerdo de aquella cena de *Jueves Santo*, está más vivo en tu corazón, Madre. Hagámosla nuestra confidente en esta oración. Preguntémosle: ¿Cómo preparaste, Madre, aquella Cena, sabiendo tú que era la última Pascua? ¿Fuiste tú quien dispuso la mesa, con las otras mujeres, prendidas en el amor del perdón y discípulas de tu Hijo? ¿Cómo dispusiste para tanto comensal una mesa tan estrecha? ¿Quién ofreció el vino? ¿Quién partió y repartió el pan ázimo?

Sólo las madres hacen milagros con las estrecheces. Seguro que hubo sitio para todos. Y que tú, Madre, quedarías en pie, observando la escena, disponiendo los puestos y administrando las carencias. Con los ojos, darías indicaciones precisas a las santas mujeres, para que sirvieran la Santa Cena.

Algún discípulo se levantaría, a echar una mano, pero tú lo excusarías. Con voz dulce pero firme, con autoridad de Madre. le dirías, con el deseo de afianzar su débil fe en estos momentos del drama más grande de la humanidad: «*¡Escuchad al Maestro! sus palabras son el mejor alimento*»,

Seguro que recordaste, Madre, aquellas bodas de Caná, las del vino rejuvenecido y la alegría devuelta a aquella pareja anónima de novios, que te invitó a su fiesta. Y también aquella

tarde de éxito rotundo cuando tu Hijo multiplicó el pan y comieron cinco mil: quisieron hacerle Rey y tú te sonrojaste pues no te ves en el papel de Reina.

Y pensarías: hoy, el agua puede seguir siendo clara ya que el vino generoso está servido; y no es necesario multiplicar el pan repartido ya en abundancia. ¿Verdad que no esperabas, aquella noche un milagro, Madre? Sin embargo, Caná y la comida multiplicada de la montaña, fue como un adelanto de esta fiesta y un ensayo de este milagro.

Abriste los ojos de sorpresa, cuando al levantarse tu Hijo, le dirigiste la mirada suplicante: «*¿Falta algo en la mesa?*»; respondería Jesús, estrechando tus manos: «*Nada...*». Y cogiendo tu toalla se la ciñe, y pide una palangana con agua... Y se inclina a lavar los pies de sus discípulos, y se los seca y los besa...

Y Pedro se resiste a ver ante sus pies postrado al Maestro. Y Jesús, humilde, consigue derrotar el orgullo del discípulo, tan sólo con una mirada y un aviso: «*Si no te dejas lavar, no eres de los míos*». Pobre Pedro, quedó desarmado ante el amor desbordado del amigo, y se ofrece generoso: «*¡Entonces, Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cara!*». El Maestro miró al discípulo: «*No hace falta, Pedro, tu corazón está limpio*».

Y el Maestro nos dicta una primera lección: levantando su cuerpo, y aún más alta la mirada, sentencia Jesús: «*¡Quien quiera ser mi discípulo, que sirva; que por amor se incline ante cada hombre, que sea el último, que ame sin buscar nada a cambio!*». Solo puede reclamar este heroísmo, quien antes lo ha hecho ejemplo con su vida.

Pero, aún el Maestro nos sorprende. Después de hablar de traición, de mirar a Judas cara a cara... toma el pan y lo bendice, y lo ofrece multiplicado, repartido para todos, como Pan de Vida: «*¡Tomad y comed, esto es mi Cuerpo!*». Y estrechando el cáliz, con las manos y la fe en Dios Padre, saborea el vino y susurra, como una súplica: «*¡Tomad y bebed, es mi Sangre, que será derramada por vosotros!*»

Y tú, María, henchido el corazón de sano orgullo de Madre, pensarías: todos los milagros han sido superados ante este Milagro del Pan y el Vino, del Cuerpo entregado y Sangre derramada

Fuiste, Madre, testigo de aquella primera Eucaristía que se convirtió en el mayor testamento de amor. Eucaristía primera y para siempre, a la que tú cada día nos invitas y sigues preparando la mesa.

El Maestro nos ha dictado una segunda lección: después del servicio, sólo quien se alimenta de la Vida puede dar vida; sólo quien come de este Pan y bebe de este Vino, tendrá vida eterna.

Y el Maestro que anuncia su despedida y su muerte, también señala el camino del encuentro: en cada Eucaristía los discípulos de todos los tiempos se encuentran con el único Maestro. ¡Es el mayor milagro!

Fue una noche intensa, llena de gestos y de palabras: servicio, amor, entrega, muerte, vida, anuncio de despedida y promesa de encuentro definitivo. Contemplas, Madre, a los comensales, y oyes las palabras del Maestro y las sigues conservando en tu corazón. Miras a los discípulos y suplicas a tu Hijo: «*¡Señor, para la hora que se avecina, hazlos fuertes, alimenta su debilidad con tu Cuerpo y tu Palabra!*».

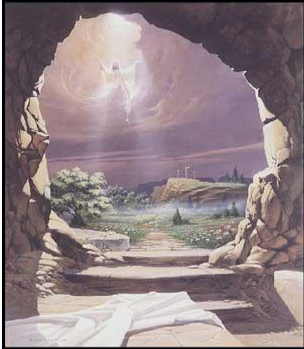
Y se pierde a tu mirada, Madre, la fatal comitiva: se alejan el Maestro y los discípulos hacia el Huerto de los Olivos, un dramático paseo que cerrará la noche más trágica. Tú, quedas en soledad, conservando en el corazón sus últimas palabras, como el primer monumento del primer *Jueves Santo*.

Madre, quiero ser tu cómplice en esta noche de Jueves Santo; comparte conmigo las enseñanzas del Maestro: siéntame a la mesa de tu Hijo y hazme partícipe de su Pan y su Palabra; quiero servir como Él sirvió, ¡ayúdame tú a ceñirme la toalla!

¡EL SEÑOR NO ESTABA ALLÍ!

VIERNES SANTO

EN LA SOLEDAD DEL SEPULCRO



UNA FAMILIA PARTICIPÓ EN UNA PEREGRINACIÓN A TIERRA SANTA. En una entrañable cena familiar, comentábamos las distintas experiencias que habían vivido cada uno de los peregrinos.

El padre relataba, con ojos casi llorosos, la experiencia tan profunda que supuso renovar las promesas de fidelidad matrimonial en un marco tan evocador como el de Caná de Galilea:

«El recuerdo de aquella boda, la insinuación de María: *no tienen vino*, y su invitación maternal: *haced lo que Él os diga* y la generosidad de Jesús adelantando el milagro que llenó de alegría a los novios, me entusiasmaron».

El hijo mayor, con veinte años en su experiencia de vida, contaba con entusiasmo como le habían impresionado sobre manera dos momentos: la oración en el Huerto de los olivos y el Vía Crucis por la Calle de la Amargura. Con timidez e ímpetu juvenil confesó uno de los artículos de nuestra fe:

«*Jesús era verdaderamente un hombre.* Y prosiguió, con ojos de ensueño: si quiso compartir nuestro sufrimiento, el dolor tiene ya una explicación y un sentido, afirmó en la mejor línea existencialista».

El hijo mediano, sintió la mano de su madre, apretando la suya, con un intercambio cómplice de miradas y sintió sus ojos, como una invitación, al inminente universitario, a hablar. Con ojos brillantes balbució:

«Me entusiasmó meter los pies en el lago de Tiberiades. Me venían a la mente y al corazón escenas maravillosas del evangelio: el llamamiento de los discípulos, la pesca milagrosa, la tormenta calmada, los diálogos con Pedro, el reconocimiento del Maestro que camina sobre el agua y al que confundieron los discípulos con un fantasma. Y puso en sus labios la misma confesión pascual que Juan compartió con Pedro: *¡Es el Señor!*»

El padre sentenció con convencimiento que, junto al lago, había hecho una oración cargada de esperanza:

«¡Señor, sigue llamando a los que quieras para ser tus discípulos! Sería feliz si llamaras a uno de mis hijos».

La hija, ya adolescente, estaba impaciente por intervenir. Con pudor, no quería romper el silencio que se había convertido en oración familiar. Atrevida, más con los ojos que con las palabras, inició la confidencia de su experiencia peregrina a la Tierra del Señor:

«Me emocionó el monte de las Bienaventuranzas, comentaba atropelladamente. Parecía que el eco me traía las hermosas palabras del Maestro: *bienaventurados... bienaventurados...*” Dejó pasar unos momentos. En el monte también multiplicó Jesús los panes y los peces... Pedí al Señor, que supiéramos repetir: *¡no sólo de pan vive el hombre!*».

El hijo pequeño asentía sonriente, ensimismado en el relato de sus hermanos y, con una mirada de ensueño, aguardaba su turno. *¿Y tú que recuerdas?*, le preguntó su madre. Tomó carrerilla para llevar la palabra al balcón de sus labios:

«Yo, cuando paseábamos por Jerusalén, me acordaba de la procesión de ramos y de la pollinica. ¡Cómo me hubiese gustado estar allí con mi ramo y aplaudir al Señor! Yo hubiese gritado más que nadie: ¡Hosanna!»

Las fotos del viaje iban pasando de mano en mano: momentos cargados de emoción, recuerdos entrañables que se quedan en la memoria de cada uno, reconocer a los compañeros peregrinos,

contar de nuevo las anécdotas sucedidas... Mientras, todo se iba ensamblando en un montaje audiovisual que mostraba el padre con orgullo, al haber vencido las dificultades de la nueva técnica con el entusiasmo del cariño familiar: *¡Es mi familia!* podría titularse la película.

Todos se sentían protagonistas. La madre miraba complaciente; el padre recogía la informática; el hijo mayor ya miraba el reloj, recordando su próxima cita; la hija estaba atenta a la posible llamada del teléfono. El encanto de la escena se iba apagando.

La madre, en silencio parecía guardarlo todo en el corazón. De pronto, el hijo pequeño, refugiándose en el pecho de la madre, sin levantar la mirada le espetó:

«Mamá ¿y tú que recuerdas del viaje? ¿Cuál fue tu mejor momento?».

El silencio volvió a aglutinar al grupo. Todos fijaron sus ojos en la madre. Ella, con parsimonia y cogiendo la mano del hijo, abrió su corazón a la confidencia:

«Todos fueron mis momentos: Caná, Getsemaní y el lago de Tiberiades, Jerusalén, Belén... Nazaret que me recuerda nuestra casa... ¡fueron tantos! Pero hay uno que gocé con pasión: ¡cuando entramos en el sepulcro pude comprobar que el Señor no estaba allí!».

El hijo pequeño abrió sus ojos y le dijo con timidez y contundencia:

«¡Pero mamá, si tú me has enseñado que el Señor está en todas partes!».

La madre miro complacida a su hijo, le estrechó contra su corazón, pasó su mano sobre su tupido pelo y balbució:

“Sí, hijo mío, el Señor está en todas partes, precisamente porque no está en el sepulcro. Cada Semana Santa he procurado vivir intensamente el Viernes Santo. Siempre me ha impresionado el dolor y soledad en la que queda la Virgen: su único Hijo en el sepulcro y ella sola... Mi fe, a

veces, se ha sentido débil: no hay mayor dolor para una madre que la muerte de hijo... A veces, incluso pregunto a Dios: ¿por qué..?».

Y sacando las fuerzas de donde solo saben sacarlas las madres, continuó su relato, como una oración en alto:

«Ante el sepulcro vacío se iluminó el dolor del Viernes Santo y ya lo vivo con una secreta esperanza que alivia el dolor. Y recé: Señor, hemos venido a Tierra Santa para encontrarte... ahora me doy cuenta que tú has viajado con nosotros; hiciste las maletas con nosotros, tomaste el avión con nosotros, te alojaste en nuestro hotel. Y, en verdad, has sido tú el mejor guía mostrándonos tu tierra, tu historia, el pueblo donde naciste, los lugares en los que jugaste y en los que creciste adolescente; nos señalaste las ruinas del templo en el que te perdiste, el paisaje del abrazo al hijo pródigo, el huerto en el que oraste, el monte en el que hablabas con tu Padre, el Calvario donde entregaste la vida...»

Respiró profundamente, tomando aliento y, como en un suspiro, exclamó:

«Pero sobre todo, Señor, al contemplar el sepulcro vacío salté de alegría como la Magdalena, a la que te apareciste primero. Y me sentí, como ella, enviada a mis hermanos a anunciarles: ¡El Señor ha resucitado!»

De pie, y con la ternura de la autoridad de las madres, invitó a la familia a poner eco a una sencilla oración:

«Gracias, Señor, porque el Viernes Santo, con la certeza de que el sepulcro quedará vacío, tú compartes la vida con nosotros y nos llevas a contemplar contigo lo que nos enseñaste en la tierra donde viviste y entregaste tu vida en la Cruz por la humanidad de todos los tiempos. Gracias, Señor, porque has dado sentido a todos los viernes santo de cada hombre y de cada mujer: sabemos que Resucitado peregrinas con nosotros por los caminos de la vida».

¡... Y ESTALLÓ LA ALEGRÍA!

DÍPTICO DE RESURRECCIÓN



Pedro y Juan corriendo hacia el sepulcro. E. Burnand. Museo d'Orsay (Paris)

I. LA “NOCHE” QUE BRILLÓ MÁS QUE EL SOL

Vigilia de Pascua

EL SÁBADO SANTO adelanta las horas, como el amor acorta la espera, y concentra todas sus miradas en la noche: ¡Noche de Pascua! En la oscuridad y el silencio de la muerte estalla un grito, que propaga el centinela que anuncia la luz del día en la vigilia de la noche: ¡Aleluya, ha resucitado el Señor! Y el anuncio va de corazón a corazón de los que aguardan la aurora de la Pascua.

¡Aleluya!, pregón de fe: el velo de las tinieblas y la duda se rasgó y la *Luz* brotase a borbotones en la noche de Pascua.

¡Aleluya!, susurro de alegría: la *Vida* ha vencido a la muerte, y se pasea entre cánticos de paz y ternura.

¡Aleluya!, clamor de sorpresa: ¡No está aquí, ha resucitado! El vacío del sepulcro es el signo luminoso de su presencia. Y la *Alegría* se extiende al mundo como dulce bálsamo.

¡Aleluya!, lamento de esperanza: el dolor ya no es la herida que habita la antesala de la muerte, es sólo un paso momentáneo al *Júbilo* del encuentro con el Dios de la vida.

¡Aleluya!, gemido de amor: el silencio del desamor humano ha saltado en pedazos ante el beso de *Amor* del Padre que ha resucitado al Hijo, que nació de las entrañas de una Virgen.

¡Aleluya!, estamos salvados! Ya podemos caminar con la frente alta: somos un pueblo redimido. No tenemos que esconder nuestro rostro ante la culpa de haber entregado a la muerte al mejor de los mortales, el Hijo de Dios encarnado.

¡Aleluya!, no somos huérfanos. Recuperados como hijos, tenemos familia: Dios, Padre de la vida, ha resucitado a su Hijo y nos lo entrega de nuevo como Hermano y Señor, rompiendo cualquier soledad.

¡Aleluya!, es el eco que nos lleva hasta Pentecostés, cuando el Resucitado, en eterno abrazo con su Padre, nos enviará el Espíritu, que enciende en los corazones el fuego que alienta la fraternidad de la Iglesia. Ella, como madre, nos acompaña en la inclemencia de la tierra y nos conduce hasta la justicia del Reino.

¡Aleluya!, somos «testigos, no visionarios». A nosotros no se ha aparecido. Pero, el Resucitado no es un fantasma, se nos hace aún más cercano: junto al mar, parece un ribereño; en el huerto del sepulcro, un hortelano; en el camino de Emaús, un viajero solitario.

¡Aleluya!, Él sigue vivo. Quien un día compartió la historia humana en el cuerpo frágil de Jesús de Nazaret, sigue vivo y encarnado entre nosotros: podemos verle, cada amanecer, en la humanidad del pobre y desvalido; y reconocerle, al atardecer, «al partir el Pan».

¡Aleluya!, gritemos a coro... Tú y yo, también, somos protagonistas de este anuncio: ¡Resucitó por mí, porque murió por mí! Tú y yo somos beneficiarios de esta Buena Noticia.

II. EL "DÍA" QUE CONTAGIA LA ALEGRÍA

Domingo de Resurrección

EL DOMINGO DE PASCUA, al quebrar la aurora, con el eco aún de la Pasión, María Magdalena sale presurosa al sepulcro para apretar su mejilla en la fría roca del sepulcro y respirar el bálsamo de la presencia oculta del Maestro. Pero encuentra la losa corrida. Echa a correr, despavorida, y alarma a Pedro y Juan: «*¡Se han llevado del sepulcro al Señor!*».

Los dos apóstoles, corren juntos al sepulcro. El discípulo amado, joven y en volandas por el amor al Amigo, llega primero y espera. Entran los dos y ven el sudario y las vendas... sin el cuerpo del Señor. La ausencia les abre los ojos: «vieron *-sin ver-* y creyeron».

María Magdalena, queda absorta junto al sepulcro vacío. Y en su loca huida, se topa con otro madrugador del alba, al que confunde con el hortelano. Le pregunta si él ha sido el ladrón. Y al oír, en boca de aquel desconocido, su nombre: «*¡María!*», se detiene el latido de su corazón. Y grita, en susurro de amor: «*¡Maestro!*». El rocío de la mañana, en cada hoja de primavera, testimonia el reencuentro de Jesús Resucitado con María Magdalena, la mujer pecadora, a la que el Nazareno restituyó su dignidad al sentirse amada con limpieza, sin pedir nada a cambio.

Nosotros, hoy, también madrugamos la mañana y la fe nos acerca a la tumba. En sepulcral silencio, nos mira el ángel de la esperanza y nos anuncia: «Hoy es Fiesta; Jesús de Nazaret, al que enterrasteis con vuestro pecado, Dios su Padre le ha devuelto a la vida. ¡Hoy es *la fiesta de las fiestas* porque el Señor ha resucitado!».

«**Fiesta de las fiestas**». Así se llama a la Pascua en una antigua liturgia. Sólo de esta fiesta brota la verdadera alegría que puede animar cualquier otra fiesta, porque si Cristo no ha resucitado, la muerte tendría la última palabra sobre la vida; y nuestras fiestas terminarían con el sabor amargo de la angustia por retener «el tiempo que nos amenaza con las horas contadas».

La Pascua de Resurrección proclama el perdón insondable, incondicional y eterno de Dios, que nos libera del poder de la muerte. La muerte es el único poder con el que no puede ni el dinero ni la astucia humana: sólo el infinito amor de Dios la ha vencido. Y la peor suerte es precisamente no aceptar, no confiar ni creer en la Resurrección de Cristo.

La Resurrección expande la alegría, como el sol difunde la luz. Desde la Resurrección de Cristo, el Sol que nace de lo alto, vivimos en la esperanza de una vida eterna anunciada para todos. Y nadie debe ser excluido de esta fiesta de Pascua, en la que se nos desvela la verdad última de todo, el misterio profundo de la existencia, el milagro de la vida plena que nos aguarda.

Desde la Pascua, nadie está solo. No hay vacío ni caos al final de los días, porque como dice san Pablo: «*¡Nada nos separará del amor de Dios! Ni muerte ni vida*». La Pascua es una declaración de amor de Dios a la soledad del ser humano. «Dios es amor», nos dice la Biblia. Y la revelación del misterio llega a su cima. «Amor»: ¿puede decirse algo más alto de Dios? «Dios»: ¿puede el amor aspirar a más? Unidos «Dios y amor», renace la esperanza, florece la fe. Su Vida rejuvenece nuestra vida.

Felicitémonos, hermanos, entre tanta soledad y ausencia. Hoy, más que nunca, la primavera contagia la alegría, el primer fruto de la Pascua: ¡Felices Pascuas! ¡Cristo vive entre nosotros!

Alfonso Crespo Hidalgo

Parroquia de San Pedro. Pascua de Resurrección 2021